

Introducción

A CERCARSE a las nociones de ‘justicia’ y ‘derecho’ en los Padres de la Iglesia es hoy una tarea plagada de peligros. No sólo nos enfrentamos con una concepción del mundo y del hombre, la *patrística*, de neto talante cristiano y antiguo, muy alejada de nuestras coordenadas modernas del pensar; sino que, además, aquél que espere encontrar en los autores cristianos antiguos algo parecido a una síntesis o a un sistema completo y cerrado sobre estas nociones, puede llevarse una desagradable sorpresa.

Por un lado, no disponemos todavía de un mínimo de monografías sobre este tema en los Padres de la Iglesia. Los manuales de historia del derecho y los diccionarios al uso acostumbra a conformarse con una mirada clásica a Agustín, prescindiendo de sus antecesores y de sus continuadores, si no es para prologar (Ireneo y Ambrosio) o confirmar (Isidoro y Anselmo) lo atribuido al obispo de Hipona; para saltar enseguida hasta Gregorio VII –en el mejor de los casos– y Tomás de Aquino. Pero, por otro lado –y ésta es la principal dificultad–, los Padres no pretenden tanto alcanzar una síntesis sobre estas nociones como expresar las *paradojas* de que son portadoras.

Para ellos el Evangelio está lleno de paradojas, el hombre mismo es una paradoja viviente, y la Encarnación es la paradoja suprema, *paradoja de paradojas*. No es extraño que contemplen la paradoja como el reverso de lo que la síntesis podría ser el anverso. Un anverso que siempre se les hace huidizo –pues la síntesis del mundo no ha sido hecha–, y que les invita a ver en la paradoja la búsqueda o la espera de esta síntesis. Por eso, sus nociones de ‘justicia’ y ‘derecho’, como el mismo universo creado, son abiertas, incómodas para un pensar cartesiano, y se nos aparecen como expresiones provisionales de apreciaciones siempre incompletas, pero que se orientan hacia la plenitud.

Tampoco estas páginas, por tanto, tienen ninguna pretensión de sistematicidad ni quieren ser exhaustivas, y se limitan a dar unas pistas sobre la lógica interna que guía ambas nociones en la patrística. Después de ofrecer unos datos iniciales sobre los Padres de la Iglesia y su contexto espacial y temporal (1), presentaremos las líneas principales del modelo patrístico (2), y lo ejemplificaremos con tres autores, Ireneo, Agustín y Gregorio de Nisa (3). Lo vamos a hacer con un método de conocimiento por ‘simpatía’, con la intuición de que no hay auténtico conocimiento sin una actitud de compasión, sin una acogida cálida y discreta del objeto indefenso, y convencidos de que el seguimiento del itinerario interior de los Padres ilumina la articulación de sus ideas mucho mejor que su disección aséptica pretendidamente neutral. Pero los resultados, forzosamente insatisfactorios, estarán también tejidos de paradojas.

Punto de partida

ENTRE los siglos II y VII d.C. se desarrolla y se formula alrededor del Mediterráneo el acontecimiento cristiano. Después de emplear el siglo I en comprender y anunciar lo que lo distingue, el Cristianismo pasará a presentarse con los Santos Padres en su predicación al antiguo mundo cultural como el cumplimiento gratuito de toda búsqueda de Dios confiada por Él a la humanidad. Por eso, el punto de partida cristiano va a recoger desde sus inicios la interpenetración de tres ámbitos: la religión judía, la filosofía griega (helénica) y el derecho romano. No lo va a hacer de cualquier manera ni en pie de igualdad, pues el primer ámbito, la Sagrada Escritura, va a convertirse en la *regula veritatis* y va a fecundar a los otros dos, contemplando toda la herencia pagana como prefiguración en el tiempo de la paciencia de Dios de la verdad evangélica.

Oriente

Esta ingente tarea de compenetración fecunda entre los tres ámbitos va a ser asumida desde el siglo II por los Pa-

dres de la Iglesia. Lo van a hacer en griego (al principio conocido en todo el imperio y, poco a poco, reducido a la zona de oriente) y en latín (inicialmente sólo en occidente, pero en creciente expansión). Los dos centros o polos más importantes –y que marcan de forma decisiva todo el desarrollo patrístico posterior– surgen en el oriente del Mediterráneo: Alejandría y Antioquía.¹ El primero, Alejandría, está fascinado por la búsqueda del sentido místico de las Escrituras, aunque no para entenebrecer sino para iluminar su carácter histórico. La filosofía platónica es su horizonte mental y comunica a los alejandrinos un profundo anhelo de *unidad*. ¿Cómo alcanzarla? A través del método de interpretación bíblica del judaísmo helenista de Filón: la *alegoría*. Es la intuición de la esencia de la Escritura como el sacramento de la presencia de la Palabra de Dios en el mundo. Sin duda los griegos ya interrogaban alegóricamente a Homero, los ambientes estoicos trataban de ver en la épica clásica el velo mítico de verdades naturales, y Filón de Alejandría, en el siglo I, recogiendo la exégesis alegórica de la Torah hebraica, ya había ensayado una lectura alegórica del Antiguo Testamento. Pero sólo si se comprende lo que significaba para el cristiano alejandrino Orígenes (200 d.C.) esta *presencia*, encontraremos acceso a este método de interpretación, que es la alegoría. Y la fecundidad del mismo, sólo sur-

¹ Para una sencilla introducción a las escuelas patrísticas alejandrina y antioquena, pueden consultarse los dos artículos de M. Simonetti, «Alejandría» y «Antioquía de Siria», del *Diccionario patrístico y de la antigüedad tardía*, vol. I, Salamanca, Sígueme, 1991, pp. 71-74 y 144-145, respectivamente.

girá si la Biblia es considerada en su religación estrecha con la Encarnación. Detrás de este hombre de espíritu y fuego que es Orígenes está, por supuesto, San Pablo; aunque su antecesor inmediato es el pedagogo Clemente de Alejandría. Entre los continuadores, destacan tres figuras excepcionales que vertebran la teología griega: Atanasio, Dionisio Areopagita y Máximo el Confesor. Los tres ya son receptores de la experiencia monástica del siglo III, tanto en su vertiente eremítica (Antonio de Egipto, biografiado por Atanasio), como en la cenobítica (Pacomio). Evagrio Póntico, con un origenismo elaborado, y Macario de Egipto, que lo corrige bíblicamente, serán los primeros formuladores de esta incipiente teología monástica bizantina (siglos IV-V) que Casiano llevará a occidente. Por su parte, el monje sirio Dionisio Areopagita, inspirador de la mentalidad simbólica medieval, será difundido por Juan Escoto Eriúgena, constituyendo un decisivo elemento equilibrador para el pensamiento occidental.

El otro polo, Antioquía de Siria, dirige su mirada hacia el sentido literal de las Escrituras. El platonismo de fondo que se respira en todo el imperio no puede evitar que aquí el acento recaiga en la filosofía aristotélica (aunque es un Aristóteles platónico, tal como lo contemplaban también los filósofos paganos de la antigüedad tardía), lo cual da a los antioquenos una sensibilidad especial para la *dialéctica*, ardua sin duda, pero puesta en ellos al servicio de la fruición espiritual. Su método de exégesis bíblica se inspira en la interpretación literal que le viene del judaísmo rabínico, una exégesis no tan centrada ya en los sentidos espirituales de la Escritura (alegoría, tropología y anagogía), sino de carácter topológico e histórico-gramatical.